

EMILY, LA LECTORA

Mónica Rampérez Andrés

3º ESO A

Emily, es una niña muy coqueta. Su rubia y rizada melena que le llega hasta los hombros, sus ojos azules acompañados de unas largas y llamativas pestañas y sus mejillas sonrosadas, hacen de ella una niña dulce y especial. Tiene once años, pero parece más mayor, ya que es muy alta y además muy responsable.

Sus padres, murieron en un accidente de tráfico, cuando apenas tenía dos añitos. Desde entonces, vive con su abuelo Elías, en un pequeño pueblo, rodeado de montañas.

Por las mañanas, una furgoneta pasa a recogerla y la lleva a un colegio rural que está en la localidad más grande de la comarca. Allí, va con niños de diferentes edades, todos la quieren mucho. Ella, intenta enseñar a los más pequeños y aprender de los más mayores.

Un día, Don Marcelo, su profesor, le mandó un trabajo muy especial.

- Emily, quiero que para el próximo día nos cuentes a todos un cuento popular.
- ¿Qué es un cuento popular?-preguntó ella.
- Los cuentos populares, son aquellos relatos que se han ido transmitiendo de generación en generación, sobre todo de forma oral. Suelen ser anónimos. – contestó Don Marcelo.

Tendré que preguntar al abuelo.-Pensó la niña.

Cuando llegó a su pueblo, fue correteando por el camino que llegaba hasta su casa. Como era primavera, había un montón de flores en los bordes del camino. Le gustaba cogerlas y preparar un pequeño ramito.

Saludó al abuelo y vio cómo echaba de comer a las gallinas.

-Lávate las manos, Emily. Ahora, nos toca comer a nosotros.- dijo él.

El abuelo era un estupendo cocinero. Había preparado unas ricas sopas de ajo y un buen filete de ternera. Todo acompañado de una deliciosa ensalada con productos del huerto. Y de postre, fresas recién cogidas.

Después, se fueron los dos a dar un paseo por la ribera del río. Emily aprovechó el momento, para contar a su abuelo Elías, el trabajo que le había mandado Don Marcelo.

-Abuelo, ¿Me puedes contar algún cuento popular?-preguntó Emily.

-Déjame que piense mientras paseamos.-dijo el abuelo.

Un ratito más tarde, estaban frente a uno de los rincones más bonitos del pueblo: una cascada de diez metros de altura, en un paraje maravilloso.

-Emily, vamos a sentarnos en estas piedras y te contaré una historia que me contaba mi abuelo, cuando yo tenía los mismos años que tú tienes ahora-dijo el abuelo Elías-.

La niña, muy emocionada, se sentó a su lado y escuchó con atención.

Hace muchos años, había un vendedor que viajaba por todo el mundo, era muy especial. Iba recogiendo palabras nuevas e inventaba otras para venderlas. Poco a poco fue recopilando hasta la última letra del planeta. A él le encantaba viajar. Conocía muchísimas ciudades y pueblos; montañas y valles; bosques y llanuras; mares y ríos. Había explorado muchas cuevas de las que sacó palabras como “oscuridad” o “murciélago”. Había estado en todas las playas que existían recogiendo así “arena”, “calor” o “mar”. Gracias a sus excursiones por la montaña, pudo conseguir “nieve”, “altitud” o “roca”.

Era un trabajo muy interesante y, sin duda, le gustaba mucho. Cuando creyó haber recopilado un gran número de palabras, decidió escribir un libro sobre todas ellas. Lo llamó diccionario. Día a día, iba escribiendo todo lo que sabía. Rellenó un montón de páginas. Pero cuando acabó, sintió que algo faltaba. Sabía que le quedaban palabras por descubrir. Así que fue a hablar con un hombre muy sabio que conoció en uno de sus numerosos viajes, para que le aconsejara. Cuando llegó, le contó que le pasaba.

-¿Pero cómo es posible que queden palabras sin descubrir, si he recorrido hasta el último centímetro de la tierra?

-Es posible que hayas dedicado demasiado tiempo a buscar palabras lejos de ti. Hay palabras que debes buscarlas a tu lado. Por ejemplo, ¿conoces la palabra “amigo”? ¿La palabra “amor”? Esas palabras son muy importantes y valiosas, pero para encontrarlas no es necesario viajar por todo el mundo -le respondió el sabio-.

Emily, miraba al abuelo con unos ojos chispeantes y con la boca muy, muy abierta. Continúa, abuelo, me está encantando-dijo-.

El vendedor se marchó de allí pensativo. No había entendido muy bien qué era lo que tenía que hacer y eso le molestó. Volvió a casa muy enfadado. ¿Por qué no era capaz de encontrar esas palabras? Por el camino estaba furioso. Empezó a decir otras nuevas; insultos. Al final, decidió meterlas en el diccionario y venderlas. Tuvieron bastante éxito, todo el mundo las compraba y las utilizaba mucho. Sin embargo, no estaba satisfecho, todo lo contrario, cada vez se sentía peor.

Decidió hacer caso al sabio y empezó a buscar cerca de él. Al principio no encontraba nada, pero poco a poco surgieron palabras como “alegría” y “risas”. Más tarde otras como “amigo” y “felicidad” y, pronto, comprendió también el significado de la palabra “amor”. Enseguida las añadió a su gran libro para que todas pudieran verlas, y pensó que nadie las tendría que comprar, porque él las repartiría gratis.

-Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado -dijo, el abuelo-.

Emily, se levantó de la piedra y fue a darle un gran abrazo.-Gracias, es un cuento muy bonito-añadió-.

Volvieron a casa y Emily pasó la tarde jugando en la plaza del pueblo. Se acostó temprano, nerviosa e impaciente. Con muchas ganas de que llegara el día siguiente para contar a Don Marcelo y a sus compañeros el cuento tan bonito que su abuelo le había relatado.

Y efectivamente, el cuento fue un éxito y recibió un fuerte aplauso de todos.

Días más tarde, el abuelo que ya estaba un poco torpe, mandó subir a su nieta al desván, a buscar una antigua balanza. La limpiaría bien y le enseñaría a pesar con ella.

Emily, subió encantada. Arriba, en el desván, vio algo que le llamó la atención. Una vieja sábana que tapaba un antiguo y pequeño cofre. No lo pensó dos veces y con mucho cuidado lo abrió. Sus ojos, se iluminaron al ver un enorme libro de tapas doradas. Con curiosidad lo cogió, sopló para quitarle el polvo y comenzó a leer. Escrito a mano contenía palabras como: “oscuridad”, “murciélago”, “mar”, “arena”, “amor”... Su mente empezó a trabajar rápidamente, enseguida relacionó el libro que tenía entre sus manos, con el cuento del abuelo.

Bajó rápidamente a la cocina, donde estaba Elías. - ¡Abuelo, abuelo, mira lo que acabo de encontrar! -Gritó.

El abuelo no entendía nada, cuando tuvo el libro entre sus manos y lo abrió, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Gracias a su nieta, acababa de descubrir que el protagonista de aquel cuento, que tantas veces había escuchado de niño, era su abuelo.

Esa noche, Emily se fue muy feliz a la cama, pensando que su tatarabuelo, fue un vendedor muy especial.

A la mañana siguiente tenía junto a su almohada un regalo. Nerviosa, lo abrió. Era un cuaderno, con una dedicatoria de su abuelo. “Emily, tú puedes continuar el trabajo, los libros te ayudarán”.

Desde entonces, Emily lee muchos libros y cada palabra nueva que descubre en ellos, la escribe con muy buena letra. Quizá, también dentro de muchos años, alguien lo encuentre.

Cuando complete la última página, lo firmaré como Emily, la lectora,- pensó.